Se tomaron de la mano y, por un instante, se sintieron eternamente felices.

Como en una fotografía, el tiempo se detuvo, y el campo de flores pareció extenderse hasta el infinito. La había llevado allí porque era el único lugar en que podrían olvidar. Más allá, tras esos cerros, el resto del mundo giraba indiferente, seguía su curso caótico e ininteligible. El sol se ocultaba tras El Guardián, y el naranja se iba confundiendo con el negro azulado de la noche. Un día viejo iba acabando, y ambos podían respirar tranquilamente, al menos, por aquella vez…

Sylvannah recostó la cabeza sobre su hombro. ¿Hace cuánto que no habían ido a aquel campo de flores? Recordaba aquel día perfectamente. ¿No habían sonreído las flores aquella tarde, como hoy? ¿No iba cayendo el sol como ahora? ¿No se habían mirado de aquella misma forma? Atesoraba en su memoria ese recuerdo. En los momentos en que la angustia de su ausencia más le laceraba el corazón, rememoraba aquel recuerdo, la promesa implícita que se hicieron aquella tarde y regresaba su confianza con esa extraña resignación que sentimos todos cuando se va un ser querido, sin más garantía que su promesa de regreso.

Y había regresado.

Allí estaba él. Ahí estaba ella. Ahí estaba un nosotros. Y contemplaban aquel mismo cielo, aquel mismo sol, rodeados de las flores que cubrían la llanura. ¿No había llorado en aquel momento? Lo había hecho. Lo hacía ahora. Sin embargo, las emociones eran tan distintas, que ambos momentos eran imposibles de confundirse. Había llorado de felicidad; un mar entero que le saturaba el alma, y no tenía más opción que salir. Ahora era distinto. Una gota bastaba y sobraba para expresar su desasosiego. Él estaba ahí, como un sueño de esos que dormimos por horas y hasta días enteros, y que nos parecen vivirlos solo unos segundos. Pronto habría de irse. Pronto habría de partir…

Apretó su mano con fuerza. Se aferraba a su presencia física. No se había sentido así de vulnerable en meses –en años, tal vez. ¿No estarían juntos por siempre? El destino era caprichoso. Apretó los labios para contener otra lágrima. Él beso su cabeza. Sylvannah se giró y ambos se miraron. El sol les confería un brillo amarillento a la mitad de sus rostros.

Había verdades en la vida, tan ciertas que las palabras no servían para transmitirlas. Cuando aquellos pares de ojos se encontraron, reafirmaron la misma promesa que se habían hecho hace tanto tiempo.

Decidieron olvidarse de todo. Aquel momento, aquella noche. Sueño o realidad, era la verdad en este momento. Y ellos querían vivir su verdad.

Sylvannah usó un poncho como manta cuando la temperatura así se lo exigió. El cielo pasó por el naranja, el rojo y después el violeta. Las estrellas se hacían presentes. La luna restallaba plata por doquier. ¿No es hermoso, mi amor? Sí. Sí. Es maravilloso.

Pronto supieron que ya era hora de volver. Sylvannah contempló el paisaje, pensando tal vez que sería la última vez que lo viera. Al menos, juntos no volverían a verlo.

Merillha asomaba tras El Guardián. Le llamaban así porque desde su cima, más alta que los cerros circundantes, podía tenerse una vista panorámica de toda la ciudad, y en tiempos antiguos se creía que el cerro era un espíritu guardián de la ciudad. Contemplaron una Merillha somnolienta. El toque de queda pronto se haría efectivo, y no había mucha gente caminando por las calles; no obstante, se detuvieron ahí un momento.

Desde ahí, Merillha parecía una ciudad pacífica, tranquila y silenciosa. Solo el toque de queda y, si hubiera más luz, los potreros que se hallaban vacíos, dejaban adivinar las circunstancias en que se veía envuelta. Ninguno de los dos quiso pensar en eso. Descendieron por el camino que zigzagueaba las faltas de El Morador, y veinte minutos después, ya eran flanqueados por las primeras casas del lado este de la ciudad. Vieron que de una comisaría cercana ya salían grupos de gendarmes, acompañados de sus fusiles y sus lámparas de aceite. No obstante, no se molestaron en preocuparse. Bastaron cinco minutos para que Sylvannah encendiera una vela, ya al interior de la cocina.

Cocinaron y comieron la cena juntos. De pronto, era como en aquella época. Luego de la cena, fueron a su habitación especial. Como en aquellos tiempos, las palabras fueron innecesarias. Se sentó frente a su pequeño piano que Sylvannah se había encargado con amorosa meticulosidad de mantener libre de polvo y las notas comenzaron a fluir. Un crescendo por aquí, y otro decrescendo por allá. El forte y el piano danzaron en armonía y Sylvannah fue capaz de hacer algo que no había podido desde hacía mucho –desde que él había partido. Cerró los ojos y pintó. Los trazos, los colores y los matices seguían las directrices que marcaba la música. Perdieron la noción del tiempo y ambos se entregaron de lleno al otro y a su arte.

La nota final se mantuvo flotando en el ambiente unos segundos, y solo cuando esta se hizo imperceptible fue que abrieron los ojos. Se levantó y se paró al lado de Sylvannah para apreciar el cuadro.

Era un crepúsculo en el campo de flores.

Luego de esta experiencia, dormir juntos otra vez les resultó algo muy natural. Había pasado meses desde la última vez que lo habían hecho, y ahora que lo hacían sentían como si algo muy amado hubiera regresado a ellos. Se abrazaron y se dieron un cálido beso. Nunca como aquella noche, los dos fueron uno, ni tuvieron un sueño más pleno.

Se abotonó los botones de su uniforme con rápidos movimientos. Sylvannah lo miraba desde atrás a un lado y no pudo evitar sentir una punzada de dolor. Ocultó su pena mirando hacia otro lado, pero él se había percatado de su expresión. Se dio media vuelta y clavó una rodilla al suelo, tomándola de las manos. La promesa sigue en pie, mi amor. Seguirá ahora, y siempre, por toda la eternidad. Te amo.

Ya en la cocina, Sylvannah no tuvo más que ofrecerle que pan. La carne había subido de precio, ahora que gran parte del ganado era requisado o donado por sus dueños. A él no le importó; ambos comieron en silencio, uno al lado del otro. ¿Te gusta? Desde luego. No importa si es pan o ternera, estamos juntos, mi amor. Eso es lo que importa. Eso es todo lo que importa.

Ya atravesaba la puerta (solo había atinado a despedirse con un ademán con su quepis) cuando Sylvannah lo tomó de la muñeca. Se detuvo y ella lo abrazó por detrás. Hizo un gesto como si se acomodara el quepís, limpiándose disimuladamente una lágrima con la muñeca. Se giró y la encaró por última vez.

(Estás tan hermosa. Siempre tan hermosa.)

La tomó de las mejillas y la besó. Fue un beso largo, agridulce, que fue muriendo del mismo modo en que uno se va perdiendo en sus pensamientos, sin darse cuenta hasta que se halla sumergido en un mar de divagaciones. Cuando se separaron, solo les quedó mirarse a los ojos una última vez. Aquel sueño aún persistía, aún existían ambos para ser felices. La esperanza de volverse a ver, aunque muy en el fondo sabían que era irreal, los mantenía con vida. Recuerda la promesa, vida mía.

Se dio media vuelta y pronto se perdió entre las calles. Sylvannah se quedó parada en el mismo lugar por un rato –una eternidad– y se dio cuenta que estaba sola. Sola con un corazón que no era el suyo y sin embargo le pertenecía. Sola con una promesa irreal. Sola con las lágrimas que ya empezaban a recorrerle las mejillas…

1

Sylvannah se aplastó el rostro contra la almohada y las lágrimas se estrellaron en ella.

En los meses que habían estado separados, no había soltado una sola lágrima; sin embargo, ahora que se había marchado de nuevo, lloró más en aquel momento que lo que había llorado en muchos años juntos. ¿Dónde quedaba su fortaleza?

Las lágrimas le escocían los ojos. Sus sollozos eran lo único que interrumpía el silencio de la alcoba. ¡Había sido fuerte! Todos los meses que transcurrieron en su ausencia, vivió como si él nunca se hubiera marchado. Sonreía, y en ningún momento tuvo el impulso de llorar. ¿No se lo había pedido él mismo? Nunca usaron palabras. Una mirada suya bastó para tranquilizarla, y sobró para hacerle la petición. Estate tranquila, ¿sí? Te amo. Regresaré. Juro que regresaré…

Ella le había creído. ¿No era esa su fortaleza, la esperanza?

Sylvannah iba a esperarlo, todas las mañanas, luego de desayunar, a la estación del tren. Realizaba puntualmente el mismo recorrido todos los días. Ascendía por las calles hacia el centro de la ciudad, y cruzaba el río Salvador, cuyas aguas serpentean dividiendo la ciudad de noroeste a sudeste. Aflojó la presión que ejercía su cara contra la almohada. Pese a que tenía el rostro empapado de llanto, una sonrisa embelleció su rostro al recordar aquella mañana –en ese momento, el día de ayer se le aparecía como un recuerdo lejano, tanto que solo podía pensar en él como “aquella mañana”– en que él llegó.

Se había despertado con un presentimiento, como si hubiera soñado o algo. No. Era más que eso, sin duda. Se había despertado con la certeza de que vendría. No había probado bocado alguno cuando salió de la casa directo hacia la estación. Apenas y se detuvo al lado de un santuario y juntó las manos brevemente en señal respetuosa y de agradecimiento. Cuando llegó a la estación, lo primero que hizo fue comprarle unas ciruelas a una mujer que iba deambulando por la estación ofreciéndolas. Se sentó a esperar en una de las bancas. Acababa de terminar la penúltima cuando el rugido de la máquina se hizo presente en el lugar. Algunas personas se acercaron a los andenes, incapaces de pura ansiedad de seguir en sus asientos. Los frenos del tren chirriaron al irlo deteniendo hasta que finalmente arribó a la estación. Las personas que hasta entonces se habían mantenido sentadas, también se pararon para unirse al nido de gente que se agolpaba en los andenes, esperando ver a sus seres queridos salir por esas puertas. Sylvannah se levantó de la banca, pero permaneció en el mismo lugar.

El ambiente que se vivía era de alegría. Había madres que llenaban de besos a sus niños, y esposas que compartían tiernos besos con sus maridos. No obstante, solo escuchaba las frases de cariño, los “¡Cuánto te extrañé!”. Tenía ojos solo a las puertas del tren, y cuando lo vio pararse frente a la puerta del vagón, sintió que el corazón le daba un brinco de alegría. Él echó una ojeada entre el gentío, hasta verla parada unos metros más allá, con el rabillo del ojo. Alzó la vista y sus miradas se hallaron por primera vez en meses. Se sonrieron. No hubo sorpresa en ninguna de sus expresiones. Él estaba allí. Ella estaba allí. Él sabía que ella lo esperaría. Ella sabía que él regresaría. El destino es caprichoso, sin duda. Caprichoso y juguetón.

¿O no, mi cielo?

Luego que escapara de aquella jungla enmarañada de gente, los dos salieron de la estación. No era común ver parejas que fueran abrazadas por las calles de Merillha; tomados del brazo era lo más que era aceptado por los ojos de la sociedad. Pero en estos tiempos en que los merillhianos tenían tan poco tiempo para el amor, ¡qué importaba la tradición! (Y aunque hubieran aún muchas señoronas y señorones que se la daban de conservadores, nadie se atrevería a recriminar a alguien que portara el uniforme de línea). Fueron a una plaza cercana que por las mañanas siempre estaba atestada de puestos de comerciante y su respectiva clientela. En el extremo oriental, una tienda hecha con palos y lona, mesas y muchas sillas improvisaban un restaurant. Se sentaron y comieron dos tazones de caldo de cordero (él pagó, desde luego. Cuando venías del frente, por lo menos tenías unas cuantas monedas en el bolsillo).

El resto del día, habían paseado alrededor de la ciudad. Parecían turistas que se maravillan con una hermosura con la que no habían siquiera soñado. Los jardines y huertos de la zona este de Merillha eran realmente hermosos. Los colores de las casas hacían juego con la naturaleza y parecían conspirar en maravillar la vista hasta el éxtasis. Se tomaron de la mano y cerraron los ojos. Sus labios fueron acercándose mientras los girasoles que tenían al lado viraban, apacibles…

*Regresaste…*

Sylvannah abrió los ojos. No se había dado cuenta que los tenía cerrados. Miró a su alrededor y por un momento le costó creer que seguía en aquella habitación con cama para dos. Se levantó y se dirigió al largo espejo que siempre reposaba en una esquina del cuarto. Se observó a sí misma. Tenía aún algo rojas las pupilas, pero la sonrisa no había conseguido írsele del rostro. Se sentía más tranquila ahora, después de llorar, luego de recordar. Se llevó la mano al pecho y sintió los latidos de su corazón. Un corazón que no era el suyo y, sin embargo, le pertenecía. Era el corazón de él. Latía tranquilo. Eso era bueno. Ella también estaba tranquila. Podía intentar ser fuerte otra vez. ¡Sí, eso haría!

¿Qué opción le quedaba, después de todo…?

2

Observó como el paisaje cambiaba frente a la ventana de su asiento en el tren. Los edificios del centro dieron paso a las casas del norte de Merillha, e incluso estas empezaron a escasear conforme apuntaban más hacia el norte. Pronto los campos flanquearon los rieles del tren.

Cerca a él, varios grupos conversaban amenamente. Otros jugaban con cartas y hasta había un par de sargentos que se habían traído un tablero de ajedrez. El viaje acababa de empezar, y aún tardarían media hora para alcanzar la hacienda; hasta entonces, ¿por qué no disfrutar unos momentos más?

Pero él no podía. Trataba de enfocarse en los campos que transcurrían frente a él, pero solo podía ver los ojos de Sylvannah reflejados en la ventana. Su mente le pedía que parase. Eran los suyos los que veía reflejados, pero sus ojos y los de ella se parecían tanto que bien podían ser los mismos. ¿No le habían cautivado sus ojos desde el primer momento en que la vio? Había algo en sus ojos que sentía que solo ellos dos compartían. Esa mirada soñadora, esa capacidad de hacer de la vida un sueño sempiterno.

*Pero es hora de despertar*, se dijo.

Contrario a sus palabras, la forma en que la irregularidad del terreno mecía el vagón pronto lo llenó de sopor y, un par de minutos luego, ya había pegado ojo.

El silbato del tren lo despertó. Las puertas se abrieron y todos empezaron a salir. Se levantó y se ajustó el quepís antes de dirigirse a la puerta de su vagón.

Ya fuera, observó cómo varios de sus compañeros descargaban cofres de municiones, caballos, mulas, ovejas y reses. Otros tantos, ayudados de poleas, estaban en plena faena de bajar un cañón.

–¿Te vas a quedar ahí parado? ¡Carajo!

Se percató que le obstruía el paso a los que bajaban después de él. Se hizo a un lado rápidamente y luego se dispuso a ir en busca de su batallón.